

Agréguese á todo esto el que el gobierno no tenía dinero ni sabía de dónde sacarlo. Todo lo que pudo reunirse se dió á Mina para sofocar la guerra en Cataluña, y el gobierno había ido tirando hasta aquí por medio de empréstitos más ó menos onerosos, pero todos ruinosos para el crédito y la hacienda española, y era en esta situación cuando tenía que resolverse á abandonar poco menos que á España entera á la invasión, pues las Cortes resolvieron retirarse con el rey á Sevilla al abrigo de Sierra Morena.

Interin llegaba este momento que asustaba á Fernando, esto es, entre el 19 de Febrero en que suspendieron sus sesiones las Cortes, hasta la sesión extraordinaria que debía principiar el 1.º de Marzo, quiso Fernando aprovechar el tiempo para ver por su parte de disolver la resistencia diciendo al gobierno que había hecho votar su traslación á Sevilla, que no quería salir. Esto fué la señal de un movimiento de indignación del pueblo de Madrid que se limitó á tratar de idiota al rey y á pedir la Regencia, y sólo algunos pocos sin malas intenciones reclamaron la muerte del rey llegando á penetrar hasta en el Real Palacio según afirma Miraflores; pero luego que se hubo dado el pueblo ese desahogo esperó tranquilo la formación del nuevo gobierno siguiendo, es cierto, el ejemplo de los jefes, quienes de haber obrado como creían y temían que obraran los invasores y los hombres liberales del resto de Europa hubieran plantado en el primer mojón de la frontera la cabeza de Fernando VII, pero aún este rey, era para los españoles un sér sagrado.

Fernando quiso volver á un ministerio Martínez de la Rosa, lo que era imposible; imposible porque Martínez conocía todas las perfidias de Fernando VII y no había de batir la revolución para vengar los enojos absolutistas del rey. Así, Fernando viéndose descubierto creyó que lo mejor era buscar gobierno entre los *comuneros*, y así lo hizo, pero éstos, que tan de ligero habían obrado, dando así una prueba más de la capacidad política del radicalismo, viéronse rechazados por las Cortes que querían sostener á todo trance el gobierno de San Miguel, no porque de él esperasen maravillas, sino para no desorganizar la resistencia.

Viendo Fernando fracasados sus planes y que se acercaba el momento de salir para Sevilla en donde iban á reunirse las Cortes, hizo declarar por sus médicos que sus dolencias le impedían salir de Madrid; pero otros médicos enviados por el gobierno, declararon lo contrario y el rey salió para Sevilla el 20 de Marzo recibiendo el gobierno en todo el trayecto

tantas muestras de simpatía que á las claras se veía por ellas cuan fácilmente se hubiese conseguido liberalizar el país de tener á su frente un monarca digno y progresista.

La primera de las decepciones que sufrió el gobierno, fué la de la quietud de Francia. Se le había hecho creer que Francia se levantaría en favor de España impidiendo la salida del ejército, pero esto era no más que una ilusión de espíritus generosos que juzgan las situaciones políticas de una manera sentimental, y por consiguiente exponiéndose siempre á los más amargos desengaños, pues no comprenden que otros no puedan aún no siendo menos generosos que ellos romper las leyes disciplinarias de una nación. Con esto hemos dicho que la decepción fué doble; doble, porque en Francia los hombres liberales se esforzaron cuanto pudieron con verdadero peligro personal para impedir que penetrara en España el ejército del duque de Angulema.

Principióse la oposición en Francia con el enérgico discurso de Manuel en la Cámara de diputados al pedir Vilelle, —26 de Febrero,—el crédito destinado para la guerra. Manuel tenía el dón de irritar á los diputados realistas con sólo pedir la palabra. Su lenguaje sereno y frío, su imperturbable serenidad hacían de él un fiscal implacable de todos los actos anti-liberales del gobierno; así en ese día, al demostrar como los reyes corren al encuentro de la desgracia con sus temeridades, aludiendo al fin que se presentía en Europa para Fernando VII, creyó la Cámara que Manuel trataba de justificar la muerte de Luís XVI y se desencadenó contra él pidiendo su exclusión de la Cámara para todo el resto de la legislatura. Pero el otro día Manuel se presentó en su puesto declarando que no cedería sino á la fuerza, y aunque ésta vaciló un momento ante las reconvencciones de los diputados liberales, al fin fué expulsado Manuel, sin que esta escena produjera en la opinión todo el efecto que de ella se esperaba.

Viendo, pues, que era imposible acalorar los ánimos, se trató de soliviantar á las tropas amontonadas en el Pirineo, y mientras Beranger y Paul Luís Courier escribían valientes canciones y folletos, Lafayette y Pepe enviaban dinero á los oficiales carbonarios del ejército para producir el movimiento que trataba de organizar Fabvier que durante quince días fué de un regimiento á otro con inmenso peligro personal, pero sin lograr combinar sus planes, porque el gobierno francés que todo lo temía, ejercía una vigilancia tan excesiva que llegó á separar del lado del general conde Guilleminot, jefe del Estado mayor del ejército y verdadero jefe de la expedición,

al ayudante de campo Lostende, que se había batido en Waterlloo, por sospechas de infidelidad cuando todo no era más que la obra de sus enemigos personales; así más tarde reconocida su inocencia fué de nuevo reintegrado en las filas con un ascenso.

Fabvier desesperado se metió en España, en donde habían penetrado muchos otros liberales franceses, quienes apoyados por los italianos de Collegno y Santarosa se presentaron á orillas del Bidasoa con la bandera tricolor que fué saludada á balazos por los soldados de la bandera blanca.

Nada tan peregrino ahora como el desahogo de Gervinius contra el pueblo español al verle correr á Tolosa trayendo toda clase de víveres al ejército francés que penetró en España el 7 de Abril, no muy provisto de ellos. De esta solicitud hicieron un mérito á Ouvrard, á quien se tuvo que apelar para que atendiera al aprovisionamiento del ejército, en lo que hizo un enorme negocio que salpicó de lodo hasta al mismo duque de Angulema, cuando esta solicitud la explica el mero hecho de la ninguna oposición hecha á Angulema que penetraba en Tolosa el día 7 de Abril en pleno país anti-liberal, en pleno país dominado por los jesuitas y la reacción. ¿Cómo no habían de acudir los vascos á llenar los furgones del duque de Angulema, si lo mismo han hecho otras veces por desgracia, y aún lo harán de nuevo al levantar entre ellos el absolutismo su bandera fratricida? Los que acudían al llamamiento de Ouvrard, á sus ofertas de pagar doble y triple el precio de los comestibles que se trajeran al ejército francés, no eran los que durante los años del hambre de la guerra de la Independencia preferían morir de hambre á recibir de los franceses un pedazo de pan, sino los amigos y los partidarios de los Bessiers y de los Quesadas y de los Eroles que marchaban al frente del ejército invasor. Gervinius no podía ni debía olvidar que la guerra de 1823 no era una guerra nacional sino una guerra civil. Ouvrard hubiera podido economizar mucho dinero si hubiese hecho su llamamiento por medio del gobierno de Oyarzum que le hubiera revelado, como reveló más tarde á Angulema, lo que le hubiera sucedido de no entrar los franceses al servicio del partido realista español.

Angulema, que había llegado el día 17 de Abril á Vitoria, permaneció en esa ciudad tres semanas para que se pudiera concentrar su ejército, lo que haría bien poco honor á la pericia militar francesa, si no debiéramos ver la verdadera causa de esa paralización en la justa desconfianza del jefe de Estado mayor francés de internarse, sin estar bien seguro de la adhesión del país y de la disposición de ánimo de

los que debían combatirle. Además la obra de la corrupción, que principió desde el primer día, necesitaba de algún tiempo para surtir su efecto; habíase aconsejado á Angulema que prodigase el oro y economizase la pólvora, y esto hizo desde Vitoria Angulema con O'Donell, ese traidor de todas las causas y que ahora debía aumentar el rosario de sus felonías con una felonía más.

Al emprender la marcha de nuevo Angulema sabía ya que el conde de La Bisbal no se batiría; O'Donell, que había de cubrir á Madrid, no parecía ser sino el explorador del ejército invasor; Bourke fué enviado al encuentro de Morillo con orden de comprarlo ó combatirlo, y Molitor salió para Zaragoza contra Ballesteros, de quien ya se presentía ó se sabía que tampoco se batiría, y para establecer las comunicaciones con Moncey que operaba en Cataluña contra Mina.

O'Donell quería traicionar ahora la causa liberal como había hecho traición siempre, esto es, guardando las apariencias: así cuando vió sobre Madrid á Angulema, de acuerdo con el conde de Montijo, hizo iniciar la cosa por la prensa ó por la prensa realista de Madrid, —15 de Mayo,— pero esto pareció tan infame, que La Bisbal tuvo que abandonar su ejército, resignando el mando en manos del marqués de Castellodrosius y esconderse en una casa de Madrid hasta la llegada de Angulema, —23 de Mayo.—Castellodrosius llevó el ejército á Extremadura, cubriendo la retirada el general Zayas, casi un absolutista amigo personal de Fernando VII, que estuvo en Madrid hasta el momento de firmar la capitulación, y en quien pudo más el honor español que sus convicciones políticas, tanto, que al presentarse Bessieres á tomar posesión de Madrid como general español realista, intimóle Zayas que se retirase ó daría orden á su caballería que cargase contra él y su gente, lo que no hizo tan aprisa que no diera ocasión para que la caballería constitucional le acuchillase por largo trecho.

Aun cuando de hecho la deserción de O'Donell fué un caso aislado y personal, lo cierto es que su acto desmoralizó por completo su fuerza: que las deserciones parciales fueron siendo cada día mayores y que al llegar su cuerpo de ejército á Extremadura estaba ya casi en cuadro. Pero lo peor de todo fué el sembrar lo hecho el germen de la inquietud entre filas por todas partes, y el desconfiar los soldados de los oficiales y éstos de sus jefes.

Esta desconfianza era atroz, nada menos que en el cuerpo que más sólido parecía, en el de Ballesteros, pues éste, rehuendo sin cesar el combatir,

aunque libertó á Valencia de los realistas que se habían apoderado de ella, no ocultando á sus subordinados que la guerra era imposible é inútil, mejor que fortalecer la moral del soldado, lo que hacía era prepararlo para toda clase de defecciones, subiendo de punto en su propaganda mal sana el general Ballesteros, luégo que viéndose obligados á dirigirse al reino de Murcia, y de aquí á Granada por la aproximación de los franceses, hubo dejado de gobernador de Alicante al valiente coronel Pablo Chapalangarra y en Cartagena al valiente y malogrado Torrijos. Este comprendió lo que significaba la separación de los dos amigos del ejército de ope-

raciones, y no vaciló en denunciar al gobierno la conducta de Ballesteros, á quien acusaba francamente de traición. Alcalá Galiano dice en su historia que el mal fué haber enviado Torrijos su oficio por hombre muy desconsiderado por su exaltación, lo que quitó autoridad á su denuncia.

En fin, Ballesteros fué expulsado de Granada, siempre sin combatir, no haciéndolo sino en Campillo de las Arenas, en los límites de las dos provincias de Jaen y Granada, en donde recibió una de esas derrotas que pueden ocultarse, tanto, que en Cádiz resonó el combate de Campillo de las Arenas, que hemos de reputar como una venta de sangre,



Estatua de Lessing.—Obra de Rietschel

pues vióse en seguida á Ballesteros tratar de su misión,—28 de Julio.

Cuando el gobierno tuvo noticia de lo que había sucedido al ejército de La Bisbal, mandó para que tomase su mando al general López Baños que había sido ministro de la revolución y á quien no le faltaban ganas de combatir y de acreditar que no sin fundamento su gobierno había declarado la guerra á Francia; y López Baños llegó á su cuerpo de ejército cuando éste mermado poderosamente por la deserción, había tenido aún alientos mandado por Zayas para rechazar al enemigo, pero este era el supremo esfuerzo que entendía hacer aquel cuerpo de ejército para salvar su honor: así la presencia del general López Baños fué la señal de una casi fuga general de su gente, á la cual desgraciadamente había dejado O'Donnell inoculado el virus de la traición.

Entretanto el rey y las Cortes estaban en Sevilla, y á pesar de todo el país sin gobierno, pues si bien continuaba el antiguo era interinamente, y no

se formaba uno nuevo porque el rey no tenía prisa; luégo fué necesario que los ministros leyeran ante las Cortes las memorias de su gestión y que se discutiera sobre ellas, y se resolviera sobre si la guerra había sido bien ó mal emprendida, defendiendo la conducta del gobierno Argüelles y Alcalá Galiano: éste en aquel entonces uno de los más ardorosos diputados constitucionales.

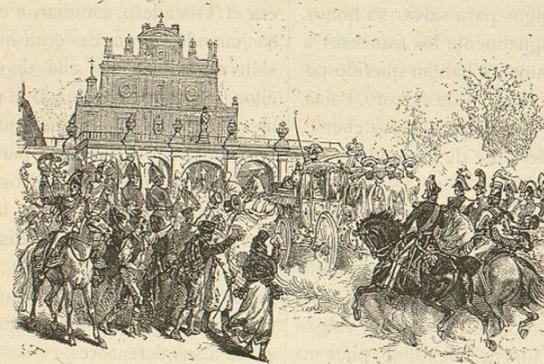
Pero llega á Sevilla la noticia de lo ocurrido en Madrid, y como nadie sabía á dónde había ido á parar su cuerpo de ejército y Despeñaperros quedaba libre, hubo de tratarse seriamente de ver si las Cortes podían continuar ó no en Sevilla.

Constituído el nuevo gobierno bajo la base de Calatrava, que reemplazó entonces á San Miguel que se fué á Cataluña á combatir al lado de Mina, el nuevo gobierno tuvo que declarar que no era posible continuar en Sevilla, pues Alcalá Galiano le llevó á esta y otras declaraciones no menos graves con el propósito resuelto de tomar una resolución gravísima, pues ya se suponía que la resistencia

del rey sería mayor cuando se tratase de llevarle á Cádiz de lo que lo había sido al sacarle de Madrid.

Gracias á la infidelidad del país, ignoraba el gobierno en donde se encontraban las tropas de López Baños, cuando recibe aviso cierto de haber pasado los franceses la Sierra Morena. El desconcierto que á esta noticia siguió fué extraordinario y en medio de la consternación y zozobra general se acordó que se manifestase á Fernando VII que había llegado el momento de salir de Sevilla contorne pidió Alcalá Galiano. Nombróse la comisión encargada de notificarle el acuerdo de las Cortes y á su frente

se puso al general Gayetano Valdes, hombre querido por la rectitud de su conducta por todos los partidos. Valdes fué á ver al rey, éste le dijo que no quería partir, y al insistir la comisión de las Cortes, el rey les volvió las espaldas, diciéndoles: «he dicho.» Con este relato volvieron los comisionados á las Cortes que se habían declarado en sesión permanente y ante ellas referido el suceso, Alcalá Galiano, en vez de pedir que se procediera contra el rey, se empeñó en probar que un rey constitucional no podía ser traidor, que Fernando VII con su conducta parecía serlo, pero esto era así, porque Fernando estaba loco, y apoyándose en



Visitas de Fernando VII á Atocha

esta ficción propuso que se suspendiera al rey de sus funciones y que se le trasladara con las Cortes á Cádiz, lo que fué votado no sin oposición, pues, ya entonces hubo en las Cortes quienes se preparaban á desertar sus bancos y sus principios políticos.

Preparado todo para la marcha, nombrada una regencia de la que formaron parte Valdes, Vigodet y Ciscar, generales de prestigio y reputación, en vista de que los franceses avanzaban, de que estaban á pocas marchas de Sevilla y de que no se sabía nada de López Baños, el 13 de Junio las Cortes se embarcaron en el Guadalquivir, saliendo todos los comprometidos con ellas para Cádiz.

Apenas hubieron salido de Sevilla las últimas tropas, cuando los realistas dando libre expansión á su enojo, salieron á las calles atropellando todo lo que recordaba la administración constitucional, cebándose en las familias y propiedades de los liberales. En esta tarea continuaban todavía los realistas el día siguiente, cuando con gran espanto suyo se presenta á su frente López Baños: quisieron resis-

tirle pero al ver á la caballería atravesar resueltamente el río por un vado, desaparecieron los bravos realistas temiendo la venganza de los Constitucionales. López Baños entró con su mermado cuerpo de ejército en la ciudad y quiso imponerle por castigo el pago de una fuerte contribución de guerra, pero la vecindad de los franceses impidió el cobrarla y salió para Huelva al objeto de embarcarse con la poca gente que tenía para Cádiz y tomar parte en su defensa.

Tal fué el fin del cuerpo de ejército de La Bisbal.

La historia del de Morillo fué la siguiente. Acosado flojamente por Bourke, Morillo fué retrocediendo lamentando siempre la imposibilidad de poder continuar ni hacer la guerra. Con esta actitud paralizaba por todas partes los ardores de la defensa, y los reinos de Castilla y de Leon habíanse ya perdido cuando Morillo recibe noticia de lo ocurrido en Sevilla; entonces cogiendo la ocasión del único cabello que tenía, declara que habiéndose roto el pacto constitucional que existía entre las Cortes y